

El *Diccionario universal francés y español* (1744) de Antonio María Herrero

Manuel BRUÑA CUEVAS
Universidad de Sevilla

1. El autor

Antonio María Herrero y Rubira nació en Borja (Zaragoza) en 1714 y murió en Madrid en 1767¹. Cursó sus estudios en Huesca, pasando luego a Toulouse, donde se formó en Teología; allí se perfeccionaría en el dominio del francés, lo que puede explicar su posterior actividad como traductor y como autor de un diccionario francés-español. Fue un ilustrado atento a los avances científicos y enemigo del aristotelicismo, como queda patente en su *Physica moderna, experimental, systematica* (Madrid, 1738)², la primera obra de Física moderna editada en España³. En 1739 publicaba además, en colaboración con José Lorenzo de Arenas, el *Mercurio literario o Memorias sobre todo género de Ciencias y Artes*, con extractos y resúmenes de obras españolas y extranjeras. No extraña, pues, que Miguel Gómez de Escobar, autor de una de las aprobaciones de su diccionario, lo califique de “sugeto bien conocido en el Orbe Literario”.

Tras volver de Toulouse y ejercer breve tiempo en Huesca, Herrero culminó estudios de Medicina en la universidad de Alcalá. Incorporado al hospital general madrileño, entró en célebre disputa con el médico de la reina de España, Bernardo López de Araujo⁴. Su reputación le valdrá el llegar a ser médico de la familia real, secretario perpetuo de la Real Academia Médica Matritense y censor de lo editado en España sobre Medicina.

En cuanto a su diccionario, creemos que hay que inscribirlo en la actividad de traductor que desarrolló durante la primera etapa de su vida en Madrid. Entre sus

¹ La principal fuente biográfica sobre Herrero que conocemos es la *Bibliotheca nueva* de Félix de Latassa, consultable en la edición electrónica (1999) de la versión ampliada que publicó Gómez Uriel (1884-1886). Véase también la reseña que da el *World Biographical Information System*.

² En el prólogo, tras atacar las posiciones aristotélicas del padre Posada, Herrero promete, si la obra tiene aceptación, publicar cuatro tomos más (nunca lo hizo), añadiendo: “Alli harè vèr, como la Philosophia moderna es mas util, que la antigua, para el estudio de la Theologia, para el conocimiento de la naturaleza, y para la comodidad de la humana vida”. Esta posición la mantuvo el autor hasta el final de sus días. Todavía en 1760, en la primera carta de su *Examen del discurso del Doctor Don Andres Piquer [...] sobre la aplicacion de la Philosophia à los assumptos de Religion en varias cartas* (Madrid: Antonio Pérez de Soto), sigue mostrándose partidario de la “libertad Philosophica” y contrario a la “esclavitud del Aristotelico Imperio”.

³ Ya en 1737 publica, según Latassa, el folleto *Disertación meteorológica sobre el fenómeno o aurora septentrional que se descubrió en el horizonte de Madrid el día 16 de diciembre de 1737* (Madrid: Antonio Pérez del Soto).

⁴ *Carta de D. Antonio Maria Herrero, en que demuestra quan inacessibles han sido à los esfuerzos de Don Bernardo Araujo; los fundamentos que tuvo para defender que no fue Phthisis pulmonal la enfermedad que quitò la vida à Manuel Rodriguez en el Hospital General de esta Corte* (Madrid: Antonio Pérez de Soto, 1757). Araujo replicó con su *Respuesta al papel que ha dado al público [...] Antonio María Herrero [...] sobre la enfermedad que quitò la vida a Manuel Rodríguez* (Madrid: Gabriel Ramírez, 1757), que también obtuvo respuesta por parte de Herrero, sin que Araujo volviera ya a contestar.

traducciones, *Estado político de la Europa*⁵ y *Oración fúnebre del Eminentísimo Sr. Cardenal de Fleury* (Madrid: Imprento del Reino, 1743). Para hacerlas, le sería preciso manejar diccionarios francés-español, lo que pudo impulsarlo a elaborar el suyo propio. De hecho, tan ligado está a la traducción el diccionario de Herrero, que solo contiene la parte francés-español, o sea, la que realmente necesita un traductor español.

2. Fecha de edición

2.1. La coyuntura editorial

Aunque es probable que el factor editorial no sea el decisivo para explicar la actividad lexicográfica de Herrero, conviene atender a este aspecto dado el problema de fecha que su diccionario plantea.

Suponiendo que el primero de los tres tomos que componen la obra saliera a luz en 1744, el momento no parecía en principio mal elegido desde el punto de vista comercial. El diccionario de Torre y Ocón, publicado en 1728-1731, no había sido reeditado, por lo que, cuando Herrero empieza a componer el suyo, quizá estuviera ya agotado. Igual ocurriría con el de Sobrino (1705), pese a que su última edición era algo más reciente (1734)⁶. Naturalmente, nuestro autor necesitaría un tiempo para elaborar su obra, si bien, dado lo prolífico que era en esa época, puede que ese tiempo no fuera de varios años, sino mucho más breve. Con las debidas reservas, no descartamos, por tanto, que la falta de competidores en el mercado animara a Herrero a componer el suyo.

2.2. Posible manipulación de la fecha de edición

Venimos hablando de 1744 como año de edición de este diccionario; sin embargo, hay que tener en cuenta que no figura año alguno en la portada del primer tomo y que el año impreso en las portadas de los otros dos tomos (que no llevan nombre del autor) no es 1744, sino 1743⁷.

En efecto, he aquí la reproducción de la portada, falta de año, de primer tomo:

DICCIONARIO / UNIVERSAL, / FRANCÈS, Y ESPAÑOL, / MAS COPIOSO QUE
QUANTOS / hasta ahora se ha visto, el qual contiene / todos los
terminos usados en la Lengua Fran- / cesa, con las frasses, y
locuciones propias, / y figuradas de todos estilos, y refranes / y todo lo
necessario para la perfecta / inteligencia de dicho / Idioma. /
COMPUESTO / POR EL DOCTOR DON ANTONIO / Maria Herrero. / TOMO
PRIMERO. / CON PRIVILEGIO. / EN MADRID: En la Imprenta del Reyno,
Calle / de Sylva. / Vendese en Casa de Mr. Symond, frente de los
Peyneros, / Puerta del Sol; y en Casa de Juan de Buytrago, / à la
entrada de la calle de la / Montera.

⁵ Madrid: Imprenta del Reino, 1740, quince tomos; en colaboración con Salvador José Mañer.

⁶ En los preliminares de las sucesivas reediciones del Sobrino siempre se lee que la edición anterior se vendió rápidamente, sin que haya razón alguna para pensar que no fuera realmente así.

⁷ De ahí que el diccionario se haya venido fechando ya en 1743, ya en 1744. Todavía en el reciente *BICRES III* de Niederehe (2005: 103, 109) sigue apareciendo en dos entradas diferentes: como obra anónima de 1743 y como obra de Herrero editada en 1744.

Donde, en cambio, sí figura el año 1744 es en todos los preliminares incluidos por imperativo legal después de esta portada⁸. De ello deducimos que la fecha de 1743 que presentan en portada los otros dos tomos debe de ser ficticia, ya que no es fácilmente admisible el atrevimiento de sacar a la venta las dos últimas partes de la obra sin esperar el dictamen de los censores, el pago de tasas o la obtención del privilegio de impresión. Sólo cabe preguntarse, pues, por las razones que pudieron llevar a la doble manipulación del año de edición de la obra: su eliminación de la portada del primer tomo y su adelanto en un año en las portadas de los tomos segundo y tercero.

La primera manipulación parece más comprensible; si se excluye el simple olvido, habrá que admitir que, desde el principio, se optó por fechar la obra como de 1743. Para evitar que algún lector avisado detectara la falsedad por comparación con las fechas de los preliminares del primer tomo, se decidió no imprimirla en su portada, pero nada impedía ponerla en las portadas de los otros dos tomos, que, contrariamente a la del primero, iban seguidas, sin ningún preliminar, de los artículos del diccionario.

En cuanto al porqué del adelanto en un año, es asunto más espinoso. Podría pensarse en una simple cuestión de ahorro: si las portadas de los tres tomos o, al menos, las de los dos últimos, ya estaban impresas en 1743 pero se produjo algún tipo de problema que retardó la salida efectiva de la obra al mercado, pudo decidirse, para rebajar costes, dejar estas últimas tal cual se hallaban y eliminar la fecha solo en la del primer tomo. Pero pudo haber razones de otra índole. Si se excluye un doble error de impresión, poco probable, cabe pensar en un deseo de hacer pasar la obra por anterior a un terrible competidor: en ese mismo año de 1744 salía en Ginebra la cuarta edición del diccionario de Sobrino. Pero no vemos lo que se podría haber ganado con ello. Los dos diccionarios eran demasiado diferentes para temer o lanzar acusaciones de plagio y, por otro lado, en materia lexicográfica lo más reciente suele ser más buscado⁹.

Quizá la razón más seria que pudo llevar a la manipulación de fecha fuera la salida de una nueva edición del Trévoux, el diccionario monolingüe francés que sirvió de fuente al de Herrero. Como veremos más adelante (apartado 4.2), en el Trévoux de 1743 se cambiaba el código ortográfico que se había usado en las ediciones anteriores y que había servido de modelo a Herrero. Imprimir la fecha de 1744 en el diccionario bilingüe era, por tanto, exponerse a la crítica de que hubiera habido tiempo de corregir todo el texto en lo relativo a la ortografía francesa, aun a costa, incluso, de retardar la publicación. El trabajo era ímprobo y la pérdida económica considerable, por lo que seguramente se optó por sacar la obra tal cual estaba, intentando disimular el problema planteado adelantando en un año la fecha de portada.

Sea como fuere, el Sobrino tenía un prestigio que el diccionario de Herrero no logró empañar. Con las nuevas remesas del Sobrino en el mercado, la venta del diccionario de Herrero no resultaría tan fácil como cabía esperar cuando se inició el

⁸ Nos referimos a las dos aprobaciones de la censura, ambas firmadas en marzo; el privilegio, fechado en abril; la fe de erratas, firmada en julio, y la suma de la tasa, de 4 de agosto.

⁹ No es descartable, en todo caso, que Herrero ya tuviera noticias de la reedición del Sobrino en 1744 cuando sacó su diccionario a la venta. Herrero declara en su prólogo “[...] para hacerlo [el Sobrino] bien recibido de todos, bastaba hacerlo menos defectuosos que los demás que estaban hasta entonces en uso: Esto es lo que han conseguido los que después de la muerte del Autor han trabajado en perfeccionarlo”. Como los editores del Sobrino anunciaron en la edición de 1734 que el autor había muerto cuando la obra se estaba imprimiendo, las palabras de Herrero, aunque interpretables como referidas a esa edición, casan mejor si se entienden referidas a la de 1744.

proyecto. Quizá sea esto lo que principalmente explique que nunca se hiciera una segunda edición. Aunque el diccionario de Herrero hubiera podido ser rehecho en materia ortográfica, no hubiera sido fácil competir, no sólo ya con el renombre del Sobrino, sino con un diccionario que ofrecía, además de la parte francés-español, la parte español-francés de que carecía el de Herrero. La obra de Herrero, además, no contaba con un respaldo editorial que pudiera hacer frente a la potencia comercial de la casa ginebrina que acababa de reeditar el Sobrino. Desde Madrid, de hecho, prácticamente se renunciaba a la venta del diccionario de Herrero fuera de España desde el momento en que se asumía que sólo contuviera una parte francés-español, ya que, al igual que esa parte era la más necesaria para los hispanohablantes, la más necesaria para los francófonos era precisamente la que la obra no contenía, la parte español-francés. De hecho, las ediciones siguientes de diccionarios francoespañoles contenían todas ambas partes, dejando así, tanto por ello como por su continuidad en el tiempo¹⁰, poco margen para una segunda reedición del Herrero.

3. Las fuentes

El que Herrero intentara aprovechar un periodo de poca saturación del mercado lexicográfico francoespañol para publicar su diccionario, no está reñido con un deseo de superar las obras anteriores planteando la suya desde bases nuevas. Lejos de emprender un plagio más o menos encubierto de los dos bilingües que circulaban en su tiempo, decidió componer su obra partiendo de un diccionario monolingüe francés. Como explica en el prólogo, entre el de la Academia Francesa y el de Trévoux, escogió este último por ser más copioso, ya que, contrariamente al de la Academia, admitía todo tipo de voces. Publicado por primera vez en 1704, acababa de aparecer la edición de París de 1743, si bien creemos que Herrero no se basó en esta, sino en la tercera edición, la parisina de 1732¹¹.

No era, sin embargo, la primera vez que un diccionario bilingüe decía inspirarse del Trévoux. El Sobrino ya daba en la portada de su primera edición (1705) una lista de

¹⁰ Nos referimos a la reedición del Sobrino en 1751, el lanzamiento desde París del diccionario de Séjournant en 1759, la reacción desde Ginebra con otra reedición del Sobrino en 1760, una nueva tentativa desde Madrid con el diccionario de González de Mendoza (1761-1763)... El diccionario de Herrero, como se ve, no tuvo, independientemente de sus valores intrínsecos, muchas posibilidades de hacerse un hueco, de volver a ser reeditado.

¹¹ Lo creemos en base a las propias declaraciones de Herrero en su prólogo: “Este mismo [el Trévoux] ha sido aumentado en las diferentes impresiones que de él se han hecho; tanto, que la última contiene mas de quatro mil artículos que no se hallan en las precedentes”. Estas palabras parecen aplicarse mejor a una tercera o posterior edición que a la segunda. Como en otro lugar de su prólogo el autor declara que, en su diccionario, “nada se ha omitido de quanto se halla útil para la inteligencia del Francès en los cinco gruesos volumenes del Diccionario de *Trevoux*”, es forzoso pensar en la tercera edición (París, 1732), de cinco volúmenes, y no en la de 1743, que ya constaba de seis. Todo lo más, cabría imaginar que, en vez de la edición de 1732, la que llegó a las manos de Herrero fue la de Nancy de 1734, también compuesta de cinco volúmenes, pero no la de Nancy de 1738-1742, que era de seis. Por otro lado, aunque Herrero conociera la tercera edición de 1732, podría haber manejado, por cualquier circunstancia, la segunda de 1721, todavía impresa en Trévoux. Hay hechos que nos hacen no descartar esta posibilidad; así, en la voz *Babouin*, aparece en 1732 la cita “Taisez-vous petit *babouin*, laissez parler votre mère qui est plus sage que vous”, que se convierte en Herrero en “Taisez vous petit *babouin* laissez parler votre mère”. Siendo claro que *Taisez* es un error achacable a Herrero, no tiene por qué ser igual en lo que atañe al acento en *votre* y a la falta de guión entre el imperativo y el pronombre: es así como aparecen escritos ambos casos en el Trévoux de 1721. Sobre las ediciones del Trévoux, Turcan (1998).

diccionarios que le habían servido de base; pero el Trévoux, recién salido en 1704, aún no aparece en ella. En cambio, ya en la segunda edición (1721) se leía: “[...] tiré des plus savans Auteurs François principalement de Furetiere, de Tachard, de Richelet, de Danet, de Boyer & du Dictionnaire de Trevoux”. No obstante, la diferencia entre el Sobrino y el Herrero en lo que se refiere al Trévoux es radical: el Sobrino fue compuesto fundamentalmente a partir de un diccionario bilingüe anterior, el de César Oudin, mientras que el de Herrero nace realmente del Trévoux, es decir, de un diccionario monolingüe francés¹², por más que la influencia sobre Herrero de los diccionarios de Sobrino y Ocón sea también innegable. De hecho, mientras que la de estos dos últimos se manifiesta básicamente en las equivalencias españolas que corresponden a los vocablos franceses de entrada, la del Trévoux determina fundamentalmente tanto la macroestructura como la microestructura del Herrero.

4. La influencia del Trévoux

4.1. Las entradas

Las calas que hemos realizado en el conjunto de las primeras entradas de las letras A, B, D, L, N, T del diccionario de Herrero nos han dado siempre el mismo resultado: todos los lemas se hallan en el Trévoux, pero los hay que no están ni en el diccionario de Torre y Ocón ni en el de Sobrino, lo cual parece prueba concluyente de que Herrero no mintió al afirmar que el Trévoux era el norte que había seguido.

Sin embargo, la cantidad de entradas de que consta el Herrero es, en términos absolutos, bastante inferior tanto a la del Trévoux como a la de los diccionarios de Ocón y Sobrino¹³. Ello se debe a que Herrero excluyó ciertas categorías de vocablos como entradas de su diccionario. Avisa en el prólogo de que no incluirá nombres propios¹⁴, ni términos pertenecientes a las ciencias o las artes mecánicas, ni tampoco, salvo en los primeros pliegos, arcaísmos¹⁵; solamente si una palabra de cualquiera de estas

¹² Las equivalencias latinas de las entradas que figuran en el Trévoux son un simple complemento de información, por lo que consideramos esta obra como un diccionario monolingüe.

¹³ Según los cálculos de Cazorla Vivas (2002a: 123), el diccionario de Herrero contaría con unas 17000 voces, frente a las 18000 del de Ocón y las 20000 del Sobrino.

¹⁴ Herrero lo respeta en algún grado. Es cierto que tal anuncio del prólogo es contradictorio con el inicio del diccionario, donde se lee una ristra de nombres propios que empiezan por Aa- y Aba-. Pero, si se toman las primeras entradas de la letra B, se comprueba que Herrero ha suprimido todos los nombres propios que le ofrecía el Trévoux. Solo ha conservado *Bacchus*, quizá por su empleo también como nombre común, y *Bacuné*, referido al demonio. Los gentilicios reciben un tratamiento similar: se incluye la voz *Indienne* en su acepción de tipo de tela, pero no *Indien* o *Espagnol*.

¹⁵ “Las voces antiguas del Francès se empezaron à explicar en los primeros pliegos de esta Obra; pero reconociendo, que siendo yà ninguno su uso, hubiera su explicacion avultado mucho estos tomos sin utilidad considerable, se han omitido en adelante, y solo se ha hecho lugar à las que àun tuvieren uso en alguna phrase proverbial, ò alguna otra expression comun, ò usada en algun estilo” (prólogo). De ahí que se encuentren en la letra A vocablos señalados por el autor como anticuados, tales como *Abalourdir*, *Abateis* o *Abriever*, pero no, en la letra N, un término como *Naguère*, tachado de “vieux mot” en Trévoux. Herrero, en cambio, conserva a lo largo de toda su obra la mayor parte de las voces consideradas bajas, aunque no las que podrían calificarse de soeces. Es frecuente encontrar, por tanto, con las variantes pertinentes, los calificativos del tipo “bajísima y vulgarísima” que se leen en la voz *Tinrelintintin*; así: “REsVASSER, v. n. *Soñar, delirar. Voz baxa, y burlesca*”.

categorías entraba en alguna expresión hecha usada en la conversación común tendría presencia en su obra¹⁶.

4.2. La pronunciación / ortografía de los lemas

En 1705, fecha de la primera edición del Trévoux, pervivía la polémica entre los defensores de la ortografía francesa tradicional y los partidarios de simplificarla. Quizá el que la Academia hubiera optado por la antigua en la reciente edición príncipe de su diccionario (1694) contribuyera a que los autores del Trévoux escogieran un camino de compromiso: los lemas se escribían al modo tradicional, pero indicando con un cambio de caracteres (minúsculas en vez de mayúsculas) ciertas letras mudas, tales como las consonantes dobles o las *s* preconsonánticas interiores. De ahí, todavía en la tercera edición de 1732, los lemas del tipo COsTELEtTE, ÉsPEROnNIÉR.

Tal es el modelo que adoptó Herrero pese a las dificultades tipográficas que comportaba: las letras vocales acentuadas, que el Trévoux presenta tanto en formato de mayúscula como de minúscula, sólo podía reproducirlas la imprenta madrileña del Herrero como minúsculas, con el riesgo consiguiente de que el lector interpretara que eran mudas: AcCOUVE¹⁷. Atrevidamente, Herrero arrojó este peligro fiándose de que surtiría efecto el aviso al lector que incluye en los preliminares de su obra:

Las letras consonantes, que en la cabeza de los artículos se vieren entre las mayúsculas en caractères menores, se han puesto así para denotar, que no se pronuncian, y así en los artículos AcCULER. EsPREUVE. EsPLEUCHER, &c. se leerà *Aculer, epreuve, eplucher*. Esto no se entiende de las vocales que se hallaren en caractères menores, si estuvieren acentuadas; pues solo se han puesto así, por no haber en nuestras Imprentas Letras mayúsculas con acentos; pero si alguna vocal se hallare escrita con dichos caractères menores, y no tuviere acento, deberá no pronunciarse.

Tal sistema gráfico condenaría la obra de Herrero a un rápido envejecimiento. La Academia Francesa, en la tercera edición de su diccionario (1740), adoptó una ortografía simplificada que aplicaron a los lemas los editores de la cuarta edición del Trévoux (París, 1743), quienes, amén de abandonar así su tradicional convención gráfica, renegaban expresamente de ella en los preliminares (“Avis sur cette édition”). Probablemente, pese a conocer esta nueva edición, Herrero decidiera sacar a la venta su diccionario tal como por entonces ya lo tendría redactado. De ahí, tal vez, la manipulación de fechas a que hubo de someterlo (véase apartado 2.2).

¹⁶ Ese criterio no es en absoluto el seguido por los otros diccionarios bilingües con que está relacionado el de Herrero. Ni el de Ocón ni el de Sobrino rechazan por principio los arcaísmos ni los términos de artes y ciencias; en cuanto a los nombres propios, el de Ocón los agrupa en una “Liste des noms propres” añadida al final del volumen (pp. 475-500); lo mismo hacía el Sobrino en sus primeras ediciones, si bien en la de 1744, o sea, en la que competirá directamente con el diccionario de Herrero, los nombres propios, fueran antropónimos o topónimos, figuraban ya en el cuerpo de la obra. Ciertamente, si al Sobrino se le quitan todos los términos pertenecientes a las categorías excluidas expresamente en el de Herrero, la cantidad de palabras o acepciones nuevas presentes en este y ausentes del primero es digna de tenerse en cuenta, como no podía ser de otro modo en un diccionario basado en el Trévoux.

¹⁷ También la Ç planteaba ese mismo problema: ACARIçOBA.

Con todo, la convención ortográfica seguida por Herrero posiblemente prestó el servicio esperado a los usuarios de su diccionario. Cuando ve la luz, buena parte de las obras impresas en francés estaban en ortografía antigua y la adopción de la nueva, como ocurre siempre que se da un cambio ortográfico, no fue inmediata. Tales usuarios, por tanto, seguirían buscando muchas veces los vocablos en el lugar que les correspondía por orden alfabético según su ortografía histórica¹⁸, es decir, allí donde precisamente los presentaba Herrero. En tales casos, y pese a los muchos errores cometidos por Herrero (por ejemplo, PRESTER o REsTER), su convención gráfica ayudaría a salir de dudas en cuanto a la pronunciación correcta de palabras tan similares ortográficamente como PRESTANCE / PREsTEUR o RESPIRER / REsPONDRE. Aunque tales distinciones no eran todas las que hubiera necesitado un hispanohablante, se puede considerar este modo de escribir las entradas como un anuncio de lo que un día sería algo insoslayable en la composición de un diccionario bilingüe francés-español: la inclusión de un sistema de pronunciación figurada de las entradas¹⁹.

Con todo, la convención gráfica de Herrero, con su uso de la ortografía histórica en los lemas y de la simplificada en las definiciones y subentradas²⁰, parecía autorizar el empleo de ambas, y ello en un periodo en que la académica gana prestigio y se impone definitivamente, gracias a la reforma llevada a cabo, como el gran modelo de referencia. Así pues, el diccionario de Herrero parecería anticuado en lo tocante a la ortografía una quincena de años después de su publicación, si es que ya no se lo parecía a muchos desde el principio. Su sistema servía fundamentalmente para señalar las *s* mudas y las consonantes dobles que se pronunciaban como simples. Para esto segundo, hubiera podido seguir siendo útil, ya que la reforma académica de 1740 las conservó en su mayoría. Pero, en lo relativo a la *s* muda, la nueva ortografía usual, que la sustituía generalmente por acento circunflejo o agudo sobre la vocal precedente (*côte, répondre* en vez de *coste, respondre*), era el mejor remedio para evitar equívocos de lectura. No nos cabe duda, por tanto, de que, si el autor hubiera intentado una reedición, hubiera debido cambiar la ortografía, como se hizo con el Trévoux. Quizá esto lo arredrara y se uniera a los demás factores que impidieron tal reedición²¹.

¹⁸ Si los buscaban por su nueva ortografía académica, coincidente en gran parte con los usos adoptados hacía tiempo por buena parte de los impresores, tampoco se topaban con grandes dificultades, dado que tal posibilidad la preveían ya tanto el Trévoux como el Herrero. En este, por ejemplo, y a imitación de aquel, se encuentran de trecho en trecho series de palabras con ortografía simplificada que mandan al lugar adecuado. Son series del tipo siguiente: “ETEUF, ETEULE, ETINCELANT, ETINCEILE, ETINCEILER, ETOFFE, ETOFFER, [...] Veanse con *s* despues de la *e*.”

¹⁹ Para la historia de la pronunciación figurada en nuestros diccionarios, véase Bruña Cuevas (2005b).

²⁰ En Herrero, como en el Trévoux, las palabras con alguna *s* muda escrita minúscula en la entrada (EsTRE) aparecían sin ella y con acento (*être*) en las subentradas y los ejemplos del artículo. Este sistema general conoce algunas variantes; así, la entrada ABYSME no lleva la *s* en minúscula, pero al final de su artículo se lee: “No se pronuncia la *s*, y suele escribirse *Abîme*”. La entrada siguiente, en cambio, presenta la forma “ABYSMER, ò Abîmer”, pero la subentrada para el sentido figurado está escrita ABÎMER y la entrada del participio ABÎMÉ. El tratamiento de las consonantes mudas distintas de *s* no es el mismo; Herrero da NApPE como entrada, y *nappe* en todas las frases que ejemplifican el uso de esta voz.

²¹ El Sobrino no tuvo que hacer grandes transformaciones en materia ortográfica: desde el principio reflejaba la tendencia general de los impresores flamencos a servirse de la ortografía nueva.

4.3. Las definiciones

Los diccionarios bilingües francoespañoles del XVIII no se limitan a proporcionar el equivalente en la otra lengua del término de entrada. En un alto porcentaje de voces, ese equivalente viene acompañado de una breve definición, reducida a veces a una simple indicación de pertenencia genérica. Así, en el Herrero: “DALMATIQUE, s. f. *Dalmatica*, Ornamento de Iglesia.”; “NAVEAU, s. m. *Nabo*, especie de planta”. Esta práctica ya estaba generalizada en el diccionario que domina el siglo XVII, el de Oudin, y se mantendrá en su heredero directo del XVIII, el de Sobrino. Herrero, por tanto, no hace a este respecto sino seguir la tradición. No obstante, contrariamente al uso de Sobrino de dar en francés estos elementos definitorios tanto en la parte español-francés como en la parte francés-español, Herrero, con buena lógica, los proporciona en español, para lo cual ha de traducirlos, en general con bastante fidelidad, de la definición en francés que le ofrece el Trévoux²². Como, además, el número de acepciones, ejemplos, expresiones y refranes que corresponden a cada término en el Trévoux puede ser elevado y Herrero tiende a trasladarlos a su obra²³, el resultado es un alto número de largos artículos, poco atractivos para quien los ojee buscando una simple equivalencia. Este inconveniente, derivado de un rasgo en principio positivo²⁴, se lo reprocharán al diccionario sus propios contemporáneos (véase apartado 6), por lo que no excluimos que pudiera contribuir a su poco éxito editorial.

En cuanto a las equivalencias españolas de los vocablos franceses de entrada, Herrero suele recurrir a la adición de las que encuentra en Sobrino y en Ocón, con neta preferencia por las ofrecidas por este último. Puede añadir, además, otras equivalencias, traducidas directamente de la lista de sinónimos de la entrada incluidos por Trévoux en la definición correspondiente. El resultado es una mayor riqueza de equivalentes con

²² Herrero dice en el prólogo que solo recurrirá a las definiciones si no existe equivalente castellano para la voz francesa de entrada; es lo que hace, por ejemplo, en “NAQUETE, s. f. Muger que vende por menor telas, y encaxes”. Pero lo usual no es esto, sino que equivalente y definición aparezcan juntos, dándose a menudo, incluso, que el equivalente se ofrezca inserto en la definición, si bien resaltado mediante cursivas: “NASSE, s. f. Especie de *Red* para pescar. Tambien una especie de *trampa* para cazar paxaritos. Figuradamente se dice de toda *red*, *lazo*, *trampa*, ò *ardid* para engañar à alguno.” Caso aparte es el de los casos en que Herrero, pese a haber acusado en su prólogo a Sobrino de inventar palabras en español para traducir el francés, defiende expresamente la introducción de un neologismo en español como equivalente para un término o una acepción ya usuales en francés (cfr. *Nazal*, *Tabac*), aplicando así, sin saberlo, la distinción generalizada en Francia entre *néologisme* y *néologie* en el siglo XVIII.

²³ A veces, para no alargarse, ofrece un resumen de las múltiples acepciones que da Trévoux; puede llegar entonces a ser tan sucinto que el artículo resulta inservible para el usuario corriente; así, en el artículo de la preposición *Dans*, empieza dando algunos equivalentes y ejemplos traducidos, pero acaba resumiendo así la riqueza de acepciones del Trévoux: “Tambien denota la situacion del cuerpo, y su disposicion; el modo de obrar, y de vivir; la profession; y diferentes estados de la fortuna; la disposicion de la alma; y el modo de hacer, ò tomar las cosas; y en todas estas ocasiones se construye por el romance *en*.” En cuanto a los ejemplos, en el Trévoux son reales, sacados de obras cuyas referencias se mencionan. Herrero, en cambio, nunca revela el origen del ejemplo que copia de Trévoux, lo que le permite acortarlo a voluntad para centrarse en la construcción que le interesa en cada caso. Así, en la voz *Dans*, se lee en el Trévoux la cita “Que ne ferois-je point, si j'étois contente de vous, puisque je suis si transportée d'amour, *dans* le tems où j'ai le plus de sujet de m'en plaindre”, que Herrero reduce a: “Je suis transporté d'amour *dans* le tems où j'ay le plus de sujet de m'en plaindre”.

²⁴ Tampoco la presentación ayudaba a menguar la impresión de obra farragosa. Frente a dos columnas por página en Ocón o tres en Sobrino, el Herrero, de formato más pequeño, renuncia a ellas; y como tampoco sigue el método de subentradas para las diferentes acepciones o ejemplos que usa su directo competidor, el Sobrino, la mirada percibe, al abrir la obra, largos párrafos que no invitan a la lectura.

respecto a los dos bilingües anteriores y cierto grado de originalidad, al menos si por tal se entiende el no reproducir literalmente las series de equivalentes de sus predecesores.

4.4. Equivalencias latinas

El diccionario de Herrero no da las equivalencias latinas de las palabras francesas de entrada, conformándose así al modelo de sus inmediatos predecesores francés-español²⁵. Muy fácil le hubiera sido ofrecerlas, sin embargo, tomándolas del Trévoux, cuyo título anunciaba ya este complemento de información (*Dictionnaire Universel François et Latin*). Al no seguirlo también en esto, Herrero perdió la ocasión de ser pionero en una de las innovaciones propias de la lexicografía francoespañola de la segunda mitad del siglo XVIII: el diccionario de Séjournant (1759) incluirá las equivalencias latinas en la parte español-francés, en lo cual será imitado por Gattel (1790) y por François Cormon (1769), que las dará en ambas partes de su obra. Toda la segunda mitad del siglo adoptará, pues, esta práctica, que será rota por Barthélemy Cormon (1800) y abandonada a partir de él por todos sus sucesores de los siglos XIX y XX con la excepción de Fonseca (1840).

5. El malogrado Suplemento

El diccionario de Trévoux conservaba en el siglo XVIII la oposición de planteamiento que ya presentaba su fuente directa, el *universel* de Furetière (1690), con respecto al de la Academia Francesa: mientras que esta recogía solamente los vocablos utilizables en la lengua culta habitual, el *universel* de Trévoux pretendía dar cabida a cualquier término francés, incluidos los muy especializados por pertenecer al ámbito de las artes mecánicas o las ciencias. Al partir del Trévoux, lo más probable es que Herrero proyectara en un principio incluir como lemas todas esas voces científico-técnicas que su modelo contenía. Pero pronto se percataría de lo arduo de encontrar equivalentes para tales voces por no contar para el español con una obra lexicográfica previa, ni bilingüe ni monolingüe, que las recogiera en su conjunto. Recopilarlas y traducirlas él mismo le hubiera exigido una labor de indagación directa o de búsqueda en obras especializadas para la que no tendría la disponibilidad necesaria. Por otra parte, la obra resultante hubiera sido de tal envergadura que el costo hubiera sobrepasado lo razonable. Ya tal como es su diccionario, parece evidente que, desde el primer volumen a los otros dos, hubo de esforzarse por limitar la amplitud de lo que trasvasaba desde el Trévoux²⁶.

Con algunos deslices, el autor renuncia, pues, a incluir en su obra, no sólo los nombres propios que inundaban el Sobrino, sino también la mayoría de esas voces científico-técnicas que le ofrecía su fuente francesa²⁷. Pero no de modo drástico: tales voces constituirían un suplemento que vendría a añadirse en un futuro a los tres volúmenes publicados. Así lo expresa en el prólogo:

Los terminos de Artes, y Ciencias se han reservado para otro volumen, que servirà de Suplemento à estos tres; para lo que se han tenido dos poderosas razones. La primera,

²⁵ Hornkens (1599) había sido el último en darlas. Sobrino sólo las incluía para los nombres geográficos.

²⁶ Compárese: primer tomo (A-C), 386 pp.; segundo (D-M), páginas 387-695; tercero, (N-Z) 699-977.

²⁷ Su criterio de selección de las voces que debían ser excluidas por técnicas o científicas es a veces realmente selectivo. Prescinde incluso de términos como *inquisition*, *jésuite*, *philosophie* o *théologie* (aunque incluye *Theological*), de modo que cabe preguntarse si son exclusiones conscientes u olvidos, máxime cuando sí están las entradas *Medecine*, *Phlegmatique*, *Physionomie*, *Theorie*, *These* o *Umbilical*.

porque su uso es raro generalmente hablando, siendo pocas las veces que se usa de ellas en las conversaciones familiares, y en los Libros, ò Escritos, que no son facultativos; por lo que se ha juzgado suficiente por ahora insertar en estos tomos los terminos de Artes, y Ciencias, que entran en las phrases figuradas, y proverbiales, que pueden usarse en el estilo comun. La segunda razon es, porque siendo estos terminos solo usados entre los Artifices, y diferentes en cada País, no se les podia dár equivalente fixo; à lo que se añade, que siendo, como se ha dicho, poco usadas en lo general estas voces; usadas con poca, ò ninguna uniformidad entre la gente oficiala que las dice, y desfiguradas tal vez, por oirse solo en boca de hombres por lo comun ignorantes en todo genero de letras, se esperaba con muchissimo fundamento, que favorecida de la libertad, que estas circunstancias permiten, arreglasse, mudasse, y fixasse la Real Academia Española esta classe de dicciones en el Suplemento, que con tanta ansia nos hace esperar el acierto de este erudito Cuerpo en la Obra de su Diccionario. Por esta razon se remitiò la explicacion de estas voces para el Suplemento del nuestro, creyendo, que mientras se trabajaban, è imprimian estos tres tomos, hubiera acabado la Real Academia el suyo; pero como la juiciosa madurèz de este Ilustre Cuerpo, no busca su gloria en la brevedad, sino en la perfeccion de sus producciones, llegò el tiempo de estàr impressa esta Obra, sin poder aprovecharnos de este recurso que se esperaba. Assi se trabaja con ardor en finalizar este Suplemento, que no tardarà mucho en publicarse.

Como se ve, el autor da como razón principal para no haber sacado el suplemento junto al resto de la obra el retraso de la Real Academia en publicar su anunciado diccionario de artes y ciencias. Parece dejar entrever que poco confía ya en que tal obra llegue a ver la luz, como en efecto fue el caso (Álvarez de Miranda, 1992: 565), pero sin que ello parezca haberle llevado a cejar en su empeño de elaborar su suplemento bilingüe. Ya hemos visto la última frase con que termina la cita anterior del prólogo. Algo más adelante abunda en la idea; al decir que, por el momento, los usuarios de su obra deberán consultar otros diccionarios para hallar el significado de los términos de especialidad, añade: “este inconveniente se desvanecerà con el favor de Dios muy pronto”. Son anuncios que parecen corroborados asimismo por las repetidas ocasiones en que se manda al Suplemento dentro de los artículos; es el caso en *Lanier*, *Naturel*, *Roy* o *X*²⁸.

Dada su formación, Herrero nos parece haber estado capacitado para elaborar ese suplemento. Quizá el proyecto no estuviera nunca tan avanzado como él lo presenta, pero también podría ser que lo que diera al traste con la culminación o la publicación de trabajo tan encomiable fuera la falta de éxito editorial del diccionario. Con ello, el calificativo de *universal* que aparecía en el título del Herrero perdía todo sentido. Sin el suplemento, el diccionario no solo no era universal, sino que contenía menos palabras de artes y ciencias que cualquiera de los dos bilingües que le servían de referencia. Voces como *Abaisse*, *Abatant* o *Abstrait*, que, al figurar en el Ocón, hubieran podido aparecer también en el Herrero, no están porque el Trévoux las califica respectivamente como “Terme de Pâtissier”, “Terme de Marchand de drap” y “Terme de Philosophie”, es decir, como términos de especialidad, reservados por Herrero para el suplemento.

Herrero perdió así, también en esto, la ocasión de ser pionero en la confección de un repertorio bilingüe de nuevo corte. Con él la perdió la propia historia de la lexicografía francoespañola. Ese repertorio terminará por llegar, pero en vez de surgir a

²⁸ A veces se hace referencia explícita a que ese suplemento contendría, no solo voces científico-técnicas, sino también nombres propios. El artículo X, por ejemplo, dice: “Letra de los Alphetos, Francès, y Español. Solo se usa en el Idioma Francès en los nombres propios que dexamos para el Suplemento.”

mediados del siglo XVIII, lo hará en 1793²⁹, habiendo de esperarse a 1805 para un diccionario propiamente bilingüe, el de Capmany, que tenga por preocupación central la traducción al español de las voces francesas de artes y ciencias³⁰ y que, además de las muy numerosas que incluye en el cuerpo de la obra, añada también, como quizá hubiera hecho finalmente Herrero, dos suplementos, uno de topónimos y otro de palabras científicas. Más aún, hasta 1845-1846 no se publicará el *Diccionario universal* bilingüe de Domínguez; llevando en su título, por vez primera desde Herrero, el término de *universal*, sus seis volúmenes darán cumplimiento, tal vez sin que su autor hubiera oído hablar nunca de su predecesor, al proyecto de Herrero. Como este, Domínguez se basa en un diccionario monolingüe francés, el de Bescherelle; traduciendo sus definiciones, elabora un verdadero diccionario bilingüe de corte enciclopédico. Contrariamente a Herrero, Domínguez incluye un elevadísimo número de términos de especialidad y (otra semejanza) salva del olvido en que se hallaba desde el diccionario de Cormon (1800) la pronunciación figurada de las entradas. Ciertamente Domínguez, contrariamente a Herrero, dedicó su corta vida a la lexicografía bilingüe y monolingüe, a los manuales de francés y a su establecimiento tipográfico, contando además, como reza la portada de su diccionario francés-español, con *una sociedad de profesores de ambas lenguas* para, en breve tiempo, volcar las definiciones del Bescherelle al castellano y encontrar las equivalencias necesarias para los lemas, recursos de los que, seguramente, careció Herrero. Pero siempre corresponderá a este último, si no la gloria de haber llevado a cabo tal empresa, por lo menos el honor de haber sido el primero en concebirla.

6. La repercusión del Herrero

Hemos dicho que la falta de éxito editorial del diccionario de Herrero pudo ser la causa de que nunca se publicara el Suplemento, a pesar de los esfuerzos realizados en su composición según el testimonio del autor. Pero, en perfecto círculo vicioso, quizá contribuyera al desapego del público por el diccionario el que no contuviera el Suplemento. Tal es el sentir, al menos, de un maestro de lenguas de Valladolid, Pablo Francisco Rousseau, quien, al aconsejar el manejo de los diccionarios para adquirir vocabulario, dice: “El Diccionario de Sobrino, es muy al caso, y el del Doctor Herrero, si fuese completo; pero le falta el Suplemento, y quitàr tantas letras dobles de la antigua Ortografía, lo que es confusion para un principiante [...]” (1754: 65-66).

El único diccionario francés-español que cita al Herrero es el de González de Mendoza: en la portada del tomo segundo (1763) se lee que es “una recopilacion de los diccionarios de Sobrino, Occon, y Herrero expurgada de los defectos del primero, escaseces del segundo y profusion del tercero”. Esta crítica hay que entenderla en su lógica comercial. Aún así, puede admitirse que el de Ocón era “escaso” con respecto al de Mendoza y que la “profusión” reprochada al de Herrero, aunque derivara de su riqueza en acepciones, expresiones y ejemplos, era una realidad si se compara con el de Mendoza; se entiende que diera la impresión de obra farragosa (véase apartado 4.3).

²⁹ Nos referimos a *Los tres alfabetos francés, latino e italiano con las voces de ciencias y artes que le corresponden en la lengua castellana*, extraído, como cuarto tomo, del *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana* (1786-1788) de Terreros (Azorín Fernández, 2000).

³⁰ Véase Fernández Díaz (1987). Para la marcación del vocabulario científico en dos diccionarios bilingües del XVIII y dos del XIX, Cazorla Vivas (2002b).

Más significativa nos parece la breve pero contundente alabanza del prólogo del diccionario de Terreros, donde se lee sobre el Herrero que es “una obra á la verdad exactísima”. No sorprende encontrarla precisamente en la obra que representa el primer diccionario “universal” del español. Por el contrario, se echa de menos una alusión a Herrero por parte de Capmany.

En el prólogo de su *Arte de traducir* (1776), Capmany recomienda, aunque señalando sus carencias en lo científico-técnico, el diccionario de Séjournant (1759) y el *Sobrino aumentado* de François Cormon (1769), pero no menciona el de González de Mendonza (1761-1763), que era aún, sin embargo, relativamente reciente. Tampoco lo mencionará cuando, treinta años después, publique su *Nuevo diccionario francés-español* (1805), donde se olvidará igualmente del por entonces muy reciente diccionario de Terreros (1786-1793), y ello pese a la obsesión que lo embargaba, si nos atenemos a lo que dice en el prólogo, por encontrar la correspondencia castellana adecuada para los términos de artes y ciencias franceses (lo cual también persigue Terreros) y por acabar con el predominio extranjero en el ámbito de la lexicografía bilingüe francoespañola. No dudamos de que tales sentimientos fueran reales, pero el que no mencione ninguno de los diccionarios bilingües editados en España antes que el suyo nos hace sospechar que Capmany quiso acaparar todo el mérito de ser el “laborioso y zeloso español” (1805, prólogo: p. ii) que terminara con esas dos lacras. Es verdad que puso coto al dominio de los diccionarios de autor francés sobre el mercado español y que introdujo en su obra mayor número de términos franceses de artes y ciencias acompañándolos de su correspondiente equivalencia castellana; pero estos méritos hubiera podido lucirlos con más gallardía si no hubiera encubierto la deuda que había contraído con algunos de sus predecesores, y en particular, para atenernos a nuestro tema, con Herrero³¹. De hecho, ya en 1829 recibía una denuncia en este sentido (Étienvre, 2001: 276, 443-450); en el número 102 de la *Gaceta de Bayona*, revista de exiliados españoles dirigida por Alberto Lista, un artículo anónimo lo acusa de ocultar que hubo otros diccionarios francés-español de autor español anteriores al suyo y de no confesar que uno de ellos, el de Herrero, le había servido de base para componerlo. Este anónimo compara los artículos *Côté*, *Couvert* y *Couverture* en ambos diccionarios para probar lo que afirma. Las semejanzas no dejan lugar a dudas en cuanto al manejo del Herrero por Capmany. Las diferencias, habría que añadir, también son importantes, ya que Capmany tuvo continuamente ante los ojos al componer el suyo, no solo el Herrero, sino también el diccionario de Gattel. Lejos, además, de copiar fielmente de uno u otro, redactó generalmente cada artículo combinando la información que le ofrecían ambos, racionalizando su presentación, mejorando y aumentando las equivalencias, razón por la que no es de extrañar que invirtiera varios años en componer su obra. Véase de qué estamos hablando cotejando el artículo *Lacs* en los tres diccionarios:

HERRERO: LACS, s. m. Pronunciase LAS. *Cordon, cinta, ò lazo* para atar alguna cosa. Tambien *lazo corredizo* para cazar aves, y conejos. Figuradamente, *lazo, red, trampa* para pillar à alguno. Llamanse LACS D'AMOUR las *cifras*, que usan los amantes para ser conocidos de sus damas.

³¹ Matizamos o cambiamos parcialmente ahora las opiniones sobre Capmany que vertimos en Bruña Cuevas (1999).

GATTEL: *Lacs*, s. m. (la c no se pronuncia): Cordon delgado. § Lazo corredizo. * Lazo; engaño, asechanza.

Lacs d'amour. Lazos de amores.

CAPMANY: *Lacs*. s. m. Cordoncillo, torzal = Lazo: se entiende el corredizo para cazar = (*fig.*) Lazo, red, trampa: asechanza, engaño = *Lacs d'amour*: las cifras que usaban los amantes para ser conocidos de sus damas.

Ahora bien, a veces, en lugar de componer inspirándose de los dos autores, Capmany prefiere seguir fielmente a uno solo de ellos. En el caso siguiente, el elegido ha sido claramente Herrero:

HERRERO: LANTURLU, s. m. *Tararira*. Palabra burlesca con que se dà à entender el desprecio que hacemos de lo que se nos dice.

GATTEL: ▫ Lanturlu. *Modo de hablar, que no tiene significacion propia y se usa quando se niega y rehusa alguna cosa con desprecio.*

CAPMANY: Lanturlu. s. f. (*fom.*) *Tararira*: voz burlesca, con que contexta [sic] uno con desprecio á lo que se le dice.

Ante estas semejanzas, no cabe sino dar la razón al anónimo acusador de la *Gaceta de Bayona*: Capmany, que por lo menos menciona en portada los diccionarios de Gattel y Cormon, cometió un verdadero atropello con algunos de sus predecesores españoles, y especialmente, por lo que aquí nos concierne, con Herrero, de cuya valía y originalidad se percató pero cuyo mérito ocultó con el fin de ensalzar más el propio. Lo cual es lastimoso: sus contemporáneos supieron reconocer el valor de su obra pese a las manifiestas influencias en ella del diccionario de Gattel. Seguramente nadie le hubiera escatimado elogios si también hubiera reconocido como predecesor suyo a Herrero.

7. Conclusión

El diccionario de Herrero merece ser destacado como un intento de componer un diccionario bilingüe de nuevo corte. La competencia que tuvo que afrontar, la escasa potencia comercial de los editores madrileños frente a los extranjeros, el estatus social de su autor, así como los propios defectos de la obra, son factores que la relegarán pronto a un segundo plano; significativamente, nunca fue reeditada. Pero todo ello no obsta para reconocerle el puesto que merece en la historia de la lexicografía bilingüe francoespañola. Será el desconocido precedente de los dos grandes proyectos decimonónicos de diccionarios francés-español nacidos de monolingües franceses; el de Herrero tradujo las definiciones del Trévoux como el de Domínguez traducirá las del Bescherelle y el de Fernández Cuesta las del Littré.

También lanzó Herrero, en cierto modo, la idea de incorporar el caudal de voces de ciencias y artes a los diccionarios francés-español. Él no supo o no pudo llevarla a cabo, pero merece que se le reconozca la paternidad de un proyecto que, mucho después, logrará materializarse.

Pese a todo, la obra de Herrero caerá pronto en un aparente olvido. Los autores de diccionarios francés-español editados fuera de España quizá nunca oyeran hablar de ella. Mientras que el Sobrino pervive como referencia durante casi todo el siglo, mientras que el diccionario de Séjournant será la base de donde partirán los de François

Cormon, Gattel y Barthélemy Cormon, el de Herrero solo es mencionado en los de Terreros y González de Mendoza sin servir de referencia principal a ninguno de ellos. Para colmo, el único diccionario que realmente supo sacarle lo que contenía de valioso ocultó su deuda; el Herrero pervivió gracias a él, pero sin ningún tipo de reconocimiento generalizado al estilo del que se granjeó el diccionario de Capmany. Mientras que el diccionario de Núñez de Taboada (1812) mencionaba en portada el de Capmany, este no lo hizo con el de Herrero. Aun así, como decíamos, el diccionario Herrero pervivió. Lo hizo desde el momento que el de Capmany fue plagiado por el de Taboada, que se convirtió en el diccionario francés-español más reeditado e imitado del XIX. Las múltiples ocasiones en que Capmany toma literal o casi literalmente artículos o partes de artículos del Herrero son así otras tantas veces en que el Herrero estará proyectándose a lo largo del XIX. Por lo tanto, aunque de modo soterrado y pese a su poca presencia en el mercado, el Herrero aportó prolongada ayuda a los usuarios de diccionarios francés-español posteriores al suyo.

Bibliografía

- ACADÉMIE FRANÇAISE (1694). *Le Dictionnaire de l'Académie française*. París: Coignard.
Otra ed. citada: 1740, París: Coignard.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA Pedro (1992). "En torno al *Diccionario de Terreros*". *Bulletin Hispanique* 94:2, 559-572.
- AZORÍN FERNÁNDEZ Dolores (2000). "Terreros y Pando y la recepción de los tecnicismos en los diccionarios generales del español (siglos XVIII-XIX)". *Los diccionarios del español en su perspectiva histórica*, 201-227. Alicante: Public. de la Univ. de Alicante.
- BESCHERELLE Louis-Nicolas (1845-1846). *Dictionnaire national ou Dictionnaire universel de la langue française*. París: Simon et Garnier.
- BRUÑA CUEVAS Manuel (1999). "Las mejoras aportadas a la traducción por el diccionario de Capmany (1805)". *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, ed. por Francisco Lafarga, 99-110. Lérida: Edicions de la Universitat de Lleida.
- BRUÑA CUEVAS Manuel (2005a). "Obras sobre la lengua francesa existentes en la biblioteca del monasterio de San Millán de la Cogolla (ss. XVII y XVIII)". *Berceo* 148, 153-178.
- BRUÑA CUEVAS Manuel (2005b). "Histoire des transcriptions phonétiques dans les dictionnaires français-esp. et espagnol-français". *Cahiers de Lexicologie* 87:2, 97-140.
- BRUÑA CUEVAS Manuel (en prensa). "El lugar de edición de los diccionarios francés-español (siglos XVI-XXI)". I Congreso Intern. de Lexicografía Hispánica. Organizado por la Asociación Española de Estudios Lexicográficos (AELEX). La Coruña, sept. de 2004.
- CAPMANY Antonio de (1776). *Arte de traducir el idioma francés al castellano*. Madrid: Antonio de Sancha.
- CAPMANY Antonio de (1805). *Nuevo diccionario francés-español*. Madrid: Sancha.
- CAZORLA VIVAS M^a del Carmen (2002a). *Lexicografía bilingüe de los siglos XVIII y XIX con el español y el francés*. Tesis dirigida por Manuel Alvar Ezquerro, Universidad Complutense. <http://www.ucm.es/BUCM/tesis/fl/ucm-t26053.pdf>.
- CAZORLA VIVAS M^a del Carmen (2002b). "El léxico técnico en los diccionarios bilingües español-francés de los siglos XVIII y XIX". *Diccionarios y lenguas de especialidad*, ed. por Ignacio Ahumada Lara, 120-130. Jaén: Universidad.
- CORMON J. L. Barthélemy (1800). *Diccionario portátil y de pronunciación, español-francés y francés-español, al uso de ambas naciones*. Lyon: B. Cormon, Blanc, Reymann.
- CORMON François (1769). *Sobrino aumentado o Nuevo diccionario de las lenguas española, francesa y latina*. Amberes [Ginebra]: Hermanos de Tournes.

- DOMÍNGUEZ Ramón Joaquín (1845-1846). *Diccionario universal francés-español y español-francés*. Madrid: Viuda de Jordán, Establec. léxico-tipográfico de R. J. Domínguez.
- ÉTIENVRE Françoise (2001). *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'œuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*. París: Champion.
- FERNÁNDEZ DÍAZ M^a del Carmen (1987). “La contribución de A. de Capmany a la creación del vocabulario técnico-científico castellano”. *Verba* 14, 527-534.
- FONSECA José da (1840). *Dictionnaire français-espagnol et espagnol-fr*. París: Thiériot.
- FURETIÈRE Antoine (1690). *Dictionnaire universel*. Rotterdam: Arnout & Reinier Leers.
- GATTEL Claude-Marie (1790). *Nouveau dictionnaire espagnol et français, français et espagnol, avec l'interprétation latine de chaque mot*. Lyon: Bruyset frères.
- GÓMEZ URIEL Miguel (1884-1886). *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa aumentadas y refundidas en forma de diccionario bibliográfico-biográfico*. Zaragoza: C. Ariño. Ed. electrónica de M. J. Pedraza Gracia, J. A. Sánchez Ibáñez y L. Julve Larraz. Zaragoza: Universidad, 1999. <http://fyl.unizar.es/latassa/latassa.html>.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA Nicolás (1761-1763). *Diccionario general de las dos lenguas española y francesa*. Madrid: Andrés Ortega.
- HORNKENS Henricus (1599). *Recopilación de diccionarios franceses, españoles y latinos*. Bruselas: Rutger Velpius.
- LÉPINETTE Brigitte, Ascensión SIERRA SORIANO (1997). “Algunas consideraciones sobre la formación de vocabularios científicos españoles: la influencia de las traducciones del francés”. *Livius* 9, 65-82.
- NIEDEREHE Hans-Josef (2005). *Bibliografía cronológica de la lingüística, la gramática y la lexicografía del español (BICRES III). Desde el año 1701 hasta el año 1800*. Ámsterdam / Philadelphia: John Benjamins.
- NÚÑEZ DE TABOADA Melchor Manuel (1812). *Dictionnaire français-espagnol et espagnol-français*. París: Brunot-Labbé, Rey et Gravier, T. Barrois.
- LOUDON César (1607). *Tesoro de las dos lenguas francesa y española*. París: Marc Orry.
- ROUSSEAU Pablo Francisco (1754). *Rudimentos de la lengua francesa o Extracto de preceptos breves y claros para su prompta inteligencia*. Valladolid: Alonso del Riego.
- SÉJOURNANT Pierre de (1759). *Nouveau dictionnaire espagnol-français et latin, composé sur les dictionnaires des Académies Royales de Madrid et de Paris*. París: Ch.-A. Jombert.
- SOBRINO Francisco (1705). *Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa*. Bruselas: F. Foppens. Otras eds. citadas: 1734, Bruselas: P. Foppens; 1744, Bruselas: H.-A. Gosse³²; 1751, Bruselas: H.-A. Gosse; 1760, Bruselas: H.-A. Gosse.
- TERREROS Y PANDO Esteban de (1786-1793). *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas, francesa, latina e italiana*. Madrid: Viuda de Ibarra. Cuarto tomo (1793): *Los tres alfabetos francés, latino e italiano con las voces de ciencias y artes que le corresponden en la lengua castellana*. Madrid: Benito Cano.
- TORRE Y OCÓN Francisco de la (1728-1731). *El Maestro de las dos Lenguas. Diccionario español y francés, francés y español*. Madrid: Juan de Ariztia.
- TRÉVOUX (1704). *Dictionnaire universel français et latin*. Trévoux: E. Ganeau. Otras eds. citadas: 1721, Trévoux; 1732, París: Julien-Michel Gandouin; 1734, Nancy; 1738-1742, Nancy; 1743, París.
- TURCAN Isabelle (1998). “Le Dictionnaire de Trévoux (1704-1771)”. http://perso.wanadoo.fr/astrid01/dictionnaire_2.htm.

³² Aunque la ciudad que figura en portada de esta edición y las siguientes es Bruselas, salieron en realidad de Ginebra. Sobre esta cuestión véanse Bruña Cuevas (2005a: 166) y Bruña Cuevas (en prensa).